

CAPÍTULO XXVII.

DIVERSAS PENAS Ó PRUEBAS QUE PADECEN LAS VÍCTIMAS
ESPECIALES.

Nuestros lectores nos agradecerán que coloquemos aquí el cuadro abreviado de las principales pruebas á que pueden hallarse expuestos los apóstoles del sufrimiento, sobre todo, si plugo al Señor darles una misión especial para la salvación de las almas. Entre las penas que llegan á nosotros, sea cualquiera su naturaleza, no hay ninguna que no podamos utilizar para el bien espiritual del prójimo. Sólo el pecado es el que no puede ofrecerse á Dios, porque en el pecado, sea el que sea, no hay más que mal. Todo lo demás, hasta las penas que provienen del pecado, tales como la tristeza y el remordimiento..... son susceptibles de ofrecerse á Dios y de utilizarse por la salvación de las almas.

Existen, pues, dos clases de penas ó de sufrimientos en este mundo: los sufrimientos físicos y los morales: los primeros, tienen su asiento, ó su causa, en el cuerpo: los segundos, en el alma. Los sufrimientos del cuerpo afectando directamente á la parte menos noble del hombre, son, en iguales circunstancias, menos profundos, menos molestos, menos meritorios. Los sufrimientos del alma, afectando directamente á la parte más noble del hombre, son, por su naturaleza, más profundos, más crucificantes, más meritorios.

I.

Penas ó sufrimientos físicos.

Son de mil clases. El pecado original es la causa radical y universal de ellos; las causas próximas ó inmediatas son exteriores ó interiores. Las pri-

meras son el frío, el calor, las intemperies diversas de las estaciones: las influencias contagiosas ó mal sanas del aire: los accidentes de mil clases que provienen de causas naturales, como la caída imprevista de un objeto que os fractura un miembro, ó de causas voluntarias, tales como las austeridades que os imponéis libremente, con un espíritu de penitencia, ó tales como los golpes que os da un vil malhechor..... Los males, las enfermedades, el hambre, la sed, las privaciones de todo género, á las cuales expone la pobreza, la indigencia, los reveses de la fortuna..... He aquí, sin hablar de tantas otras, algunas de las numerosas causas exteriores que obran sobre el cuerpo humano de una manera molesta, para procurarle penas, fatigas, dolores, sufrimientos que llegan al alma, unida al cuerpo, de rechazo, y la resienten vivamente.

Las causas interiores que determinan los sufrimientos del cuerpo provienen del cuerpo mismo, de su organización, debilidad nativa, temperamento más ó menos sano ó endeble; del exceso de fatiga de trabajo..... Proviene también de los sufrimientos morales del alma, que, á causa del estrecho lazo que la une al cuerpo, le comunica las impresiones de su tristeza, de su mal humor, de sus cóleras, de sus arrebatos, de todas sus pasiones, haciéndole participe de sus penas y de sus sufrimientos.

Almas cristianas, que deseáis ser apóstoles por el sufrimiento, acoged los dolores, las penas, las fatigas, cuando se os presenten, como si nuestro Señor en persona se os apareciera y os los presentara con su propia mano. En efecto, ellos son como otras tantas partículas preciosas de su cruz, con las cuales os hace un presente para testimoniaros mejor su amor, haciéndoos más semejantes á El. Esto os explica por qué los santos amaron tanto los sufrimientos corporales, en particular la *enfermedad*. Se cuenta de San Francisco de Borja que un día oraba á nuestro Señor con un fervor extraordinario. Juzgando uno de sus compañeros, por el fervor de su súplica, que pedía algún gran favor, pidió á su vez,

al Señor, que le concediese la misma gracia. Y he aquí que una enfermedad violenta cayó sobre él, haciéndole sufrir extraños dolores. Como no pensaba que el santo había pedido tal prueba, le conjuró á que orase para obtener que se librara de ella: lo que hizo nuestro santo con gran caridad.

Pocas personas aprovechan la enfermedad para hacerse mejores, dice el autor de la Imitación: *Pauci ex infirmitate meliorantur*. Y, sin embargo, de todos los sufrimientos físicos, ¿no es la enfermedad la que nos da el medio más eficaz para acercarnos á Dios y unirnos estrechamente á su divino Hijo crucificado? ¡Cuántos pobres pecadores han debido á la enfermedad y á las serias reflexiones que de ella arrancan su vuelta á Dios, quizás después de una larga vida de extravíos! ¡Cuántos justos la debieron hacerse más santos, más pacientes, más humildes, más sumisos á la santa voluntad de Dios, más desligados de las cosas de la tierra, para no amar más que á Dios solo, y á las cosas de la eternidad! Así, pues, quien quiera que seáis, y á cualquier condición á que pertenezcáis, acoged la enfermedad cuando llegue con gran espíritu de fe, de humildad, de resignación y de amor; y atraeréis las bendiciones del cielo sobre la comunidad ó la familia de que seáis miembros. Y si los que os rodean no comprenden como deben, que un enfermo es, en una casa, ó en una comunidad, un miembro doliente de Jesucristo, y de alguna manera Jesucristo mismo, sufrid con paciencia el olvido, la falta de cuidados, el mal humor, la negligencia, el abandono, en una palabra, esos tratamientos tan poco caritativos indignos de un cristiano, sobre todo, si es un religioso. Ganaréis tanto para el bien de vuestra alma, cuanto perderá el que trate tan mal á un miembro doliente de Jesucristo, teniendo que arrepentirse de su manera de proceder.

¡Oh cuánto tienen que fijar su atención los superiores y superiores de las comunidades, sobre este punto importante; y mirar como una bendición del Señor, cuando entra en su casa un enfermo, máxime si es un enfermo paciente, humilde y resignado!

¡Cuánto cuidado, sobre todo, deben tener en exhortar, por si mismos ó por otros, á que se sufran las enfermedades con espíritu de humildad, de resignación y de amor, á que se ofrezcan como sacrificio, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas por las necesidades actuales de la Iglesia y de Francia, y en particular, por el bien espiritual de cada uno de los miembros de la comunidad, y si es una casa de educación, por la salvación eterna de los discípulos que la componen! Y cuando llega el momento de la muerte ¡ah! entonces es, sobre todo, cuando conviene alentar, exhortar paternalmente á ofrecer generosamente la vida en unión con Jesucristo moribundo, por la salvación de las almas, y por las intenciones que acabamos de indicar.

Así es como todos los santos fundadores de las órdenes quisieron que sus religiosos aprovecharan las enfermedades con espíritu de celo apostólico. Valor, pues, queridos enfermos, clavados quizás desde largo tiempo en el lecho del dolor, ó reducidos á desoladora impotencia. ¡Valor, por que vosotros sois los miembros dolientes de Jesucristo! Creedlo firmemente y prácticamente: vosotros tenéis la misión de continuar en vuestra familia, en vuestra comunidad, en vuestro monasterio, el sacrificio de Jesús paciente. Y vosotros, queridos agonizantes, vosotros tenéis la misión de perpetuar la agonía de Jesús en el huerto de las Olivas, y su muerte en la cruz. ¡Oh qué misión tan sublime! Otros son llamados á predicar, á enseñar, á entregarse en los hospitales á los cuidados de los enfermos, es decir, á perpetuar á Jesús, predicando, enseñando y curando á los enfermos. Vuestra parte, vuestra misión es sufrir y hacer lo que Jesús, vuestra divina cabeza, hizo toda su vida, desde la cuna al sepulcro; porque, ya lo hemos dicho, Jesús no predicó siempre, ni siempre estuvo curando á los enfermos: sino que siempre estuvo orando y sufriendo. Sufrid, pues, ya que él lo quiere, y sufrid en unión con El, con sus disposiciones, con sus intenciones, y para los mismos fines: mezclad

vuestros sufrimientos á los suyos, manteneos estrechamente unidos á El, como los miembros á la cabeza y al corazón, como las ramas á la viña, y vuestro sufrimiento y vuestra muerte, serán apostólicos, y ganarán almas, muchas almas. Seréis apóstoles del sufrimiento en la enfermedad y en la muerte.

Hemos conocido un joven religioso, modelo de abnegación y de todas las virtudes que producen los santos. Su nombre era Carlos Bertrand. Nacido en una reducida villa, cerca de Briouda, después de haber edificado con su ejemplo y con sus virtudes á los alumnos del gran seminario de Puy, se presentó en Aviñón al noviciado de los Jesuitas, donde después de dos años de pruebas, pronunció sus votos de religión. Enviado á Vals, cerca de Puy, para acabar la teología, fué para todos sus hermanos, como en el noviciado, acabado modelo de perfección religiosa, no teniendo que reprocharse de haber omitido nada. Noble contumacia de las almas grandes fué la vuestra, amadísimo hermano; pero no parece que Dios debió estar ofendido de ella cuando os colmaba de sus más dulces caricias, de sus gracias más selectas; y cuando después de haber purificado vuestra alma, por nueve meses de enfermedad que sufristeis con una paciencia angelical, se dignó llamaros á si al cielo, aceptando vuestra vida, como un sacrificio de agradable olor para esta numerosa comunidad de hermanos que recibieron vuestro último suspiro. ¡Quién sabe si la obra admirable, salida de su seno, que en la hora presente cubre al mundo con su benigna influencia, quiere decir, *el apostolado de la oración*, no os debe, en parte, su existencia y su propagación maravillosa! *Apóstol del sufrimiento*. ¿No fecundasteis con el dolor y la muerte este *apostolado suplicante*? ¡Ah! desde lo alto del cielo, acabad vuestra tarea y sed también el ángel protector del *Apostolado del sufrimiento*.

Benedicid esta obra, complemento de la primera, nacida bajo la inspiración del mismo soplo, sobre esta misma porción de tierra, donde la dulce

Virgen de Puy, Nuestra Señora de Francia, se complace en derramar sus maternales bendiciones.

II.

Penas ó sufrimientos morales.

Son también de mil clases, y como las del cuerpo, tienen por causa radical y universal el pecado original. Pero el Señor en su infinita misericordia se ha dignado hacerlas servir como las del cuerpo á nuestro verdadero bien; es decir, á la expiación de nuestras faltas, al progreso de nuestra perfección por la semejanza perfecta que nos da con Jesucristo; en fin, al acrecentamiento de nuestros méritos en el tiempo, y nuestra gloria en la eternidad.

Las penas ó sufrimientos morales, tienen por asiento el alma, y desde ella obran sobre el cuerpo. Las penas ó sufrimientos físicos, tienen por causa el cuerpo, y desde él obran sobre el alma. Ya lo hemos dicho: siendo el alma superior al cuerpo, y más noble que él, los sufrimientos que la atañen directamente, es decir, que tienen su asiento en ella, son más molestos. De aquí que en la vida espiritual se mire á las *penas interiores* como más acerbas que á los sufrimientos exteriores. De aquí también que podamos formarnos, dicho sea de pasada, alguna idea de la interioridad de los dolores del alma santa de Jesús en el Huerto de las Olivas, y lo mismo durante toda su vida. Porque esta alma santísima sufrió siempre, y la cruz estuvo siempre plantada en su Corazón amantísimo.

Las penas del alma, como las del cuerpo, reconocen diversas causas exteriores é interiores. Las primeras vienen de fuera, y son todos los acontecimientos de la vida, que llevan al alma la tristeza ó la perturbación; tales como la pérdida de los

bienes, de los empleos, de los honores; los reveses de la fortuna, el abandono de los amigos, la muerte de los parientes, las calamidades públicas, las revoluciones, las tristezas domésticas, etc., etc. Las causas interiores son las que residen en el alma misma, y determinan en ella mil temores, mil tristezas, mil aprensiones, mil sufrimientos. Mientras se halla en esta vida de pruebas, el alma humana encuentra en sí misma la causa inmediata de mil tribulaciones, que nacen de la enfermedad nativa de su inteligencia, de la de su voluntad y de su corazón. En efecto, hay en los temperamentos de las almas, si es permitido hablar así, como en los temperamentos de los cuerpos, ciertos lados enfermos que determinan los males espirituales. Por esto se hallan almas débiles de espíritu y de voluntad, que se causan á sí mismas su propio tormento, por las dificultades que se crean y por los temores que se procuran. Las faltas pasadas, y, por consiguiente, los remordimientos, las tristezas, las memorias amargas, las afeciones desvanecidas, las esperanzas engañadas, el porvenir incierto, quizás amenazante, son también causas que arrojan al alma en una tristeza más ó menos profunda, y determinan sus sufrimientos morales, variados hasta el infinito. El apóstol del sufrimiento, que quiera hacer servir á la gloria de Dios y á la salvación del prójimo estos dolores del alma, debe acogerlos y soportarlos con las mismas disposiciones de Nuestro Señor en el Huerto de las Olivas, cuando dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte». *Tristis est anima mea usque ad mortem.* O cuando exclamó en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» *Deus, Deus meus, aut quid dereliquisti me?* Este es el mejor medio de endulzarlos y de hacerlos eficaces para el propio bien espiritual y para el de los demás.

CAPÍTULO XXVIII.

LAS PENAS INTERIORES.

Aunque hemos hablado en el capítulo precedente de las penas ó sufrimientos del alma, creemos deber entrar, para consuelo de aquellas á quienes Dios prueba de más particular manera, en algunas nuevas reflexiones y tratar más directamente de lo que en la vida espiritual se llaman *penas interiores*. En todos tiempos, pero en nuestros días más que en otros, el Sacerdote, director de las conciencias, encuentra estas almas interiormente probadas, que llevan la cruz siempre plantada en su corazón. Como este estado particular de los sufrimientos puede llegar á ser, cuando se soporta bien, muy meritorio para el alma que le padece, y muy saludable para aquellos por quienes se padece, creemos útil hacerle objeto de un capítulo especial. El estado de un alma probada por las *penas interiores*, tales como las entendemos aquí, difiere del de las almas que no tienen otros sufrimientos morales que padecer que aquellos á los cuales está sujeto todo cristiano, por lo mismo que es hombre, y que padecemos todos, más ó menos, según las condiciones, más ó menos penosas en que nuestra alma puede encontrarse. Este último estado, en efecto, no sale del curso ordinario de las cosas; porque siendo la naturaleza humana tal y como es, y los acontecimientos tales y como son, es imposible que cada hombre, y, por consiguiente, cada cristiano, no tenga que sufrir penas más ó menos vivas, más ó menos prolongadas.

El estado de las almas probadas por las *penas interiores*, tal y como lo entendemos aquí, es un estado sobrenatural, en que Dios interviene de una manera sobrenatural: primeramente, para procurar á esas almas más numerosas y penosas ocasiones de sufrir; y segundo para concederlas gracias más

abundantes, á fin de que, soportando estas penas interiores con valor, puedan merecer para ellas mismas y para las demás, uniéndose más estrechamente al alma santa de Jesús. Mirado así este estado, representa, de parte de Dios, un favor que un alma debe estimar grandemente, por el cual debe al Señor vivas acciones de gracias.

En efecto, todo estado, por penoso que sea, en que Dios coloca á un alma con el deseo de comunicarla un grado más perfecto de amor y de semejanza con su divino Hijo, debe ser mirado como un insigne favor. Ahora bien, no conocemos en la vida espiritual estado más propio para procurar al alma tan gran bien, que el de que venimos hablando; porque, si es verdad, como nadie lo duda, que el sufrimiento bien sobrellevado por amor de Dios, es el camino más corto y más seguro para llegar á la perfección, hay más razón para persuadirse de que los sufrimientos interiores, que tienen su asiento en el alma, son más nobles y más meritorios.

Puédese, en efecto, mirar estas penas interiores, ó como una *recompensa* de parte de Dios, ó como una *castigo*, ó como una *operación particular*, por medio de la cual, desliga Dios más y más al alma de sus lazos groseros y terrestres, para hacerla más sobrenatural y divina. En estos diversos casos, las *penas interiores* son un *favor insigne de parte de Dios*. Y, desde luego, no es dudoso para los casos en que son concedidas como *recompensa*, lo que tiene lugar frecuentemente. En efecto, está escrito: «Para que seas agradable á Dios ha sido necesario que la tentación te pruebe». *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (Tob, XII.) Tales son las palabras del Angel Rafael á Tobías. También está escrito hablando del justo: «Dios le proporcionó la ocasión de un gran combate para que tuviese la gloria de vencer». *Certamen forte dedit illi ut vinceret.* (Sap., X.)

En apoyo de estos oráculos podríamos citar el testimonio de numerosos ejemplos que demost-

rían hasta la evidencia que estas especies de pruebas interiores, son frecuentemente concedidas á las más santas almas, como una recompensa de su fidelidad, como un medio de unirse más íntimamente á Dios y de contraer una semejanza más perfecta con Jesucristo. No tienes más que leer, para convencerte, la vida de los Santos y de las Santas, á quienes Dios ha conducido más especialmente por este doloroso camino. Un gran número de estas almas generosas pidieron á Dios con instancia que las condujera, por su amor, por ésta senda erizada de espinas y de toda clase de tribulaciones. Muchas de ellas obtuvieron de Dios esta gracia, en un grado tal, que hizo gemir á la pobre naturaleza humana. Tales fueron, entre otras, Santa María Magdalena de Pazzi y Santa Catalina de Sena, que, habiéndose ofrecido como víctimas por la Iglesia, padecieron penas interiores increíbles.

Consideradas como *castigo las penas interiores*, son todavía un favor insigne. En efecto, hay castigos que son el indicio y la expresión más tierna del más ardiente amor. Un padre ama á su hijo más que á su servidor. Pues bien: ¿cuántas cosas no deja pasar desapercibidas en el último que reprende severamente en su hijo? Aquí encaja bien la comparación del árbol, á quien el cultivador poda con el mayor cuidado para hacerle dar más frutos; mientras que deja el árbol vecino con todas sus ramas.

Consultad la vida de los Santos una vez más, y veréis que Dios ha castigado frecuentemente con esta clase de penas á las almas que le eran queridísimas, justamente á causa del grande amor que le tributaban. Háse complacido en arrojar á estas almas, muy amadas, en este purgatorio doloroso para acercarlas á sí y unirselas íntimamente, aunque algunas faltas ligeras ó algunas costumbres imperfectas hayan venido á contrariar esta unión. Por ejemplo, los escrúpulos, una de las penas interiores más pesadas, con las cuales muchas almas santas han tenido más ó menos que sufrir, son algunas veces uno de estos castigos que Dios, á cau-

sa del gran amor que las tiene, inflige á sus fieles servidores, para ponerlos en una especie de necesidad de arrojarlos en sus brazos. ¿Quién no ve que una manera semejante de proceder, por parte de Dios, es una gran gracia, un favor insigne? *Non fecit taliter omni nationi*. No: Dios no concede á todas las almas estos signos especiales de su predilección.

En fin, cuando las penas interiores se envían á un alma como pura prueba, es decir, como instrumento destinado á *obrar sobrenaturalmente* en ella un despojo más y más perfecto de todos los elementos terrestres, á fin de que pueda unirse más perfectamente á Dios, es evidente que aquellas son todavía un favor de los más preciosos y un signo particular de la predilección del Señor. Son un crisol de una actividad muy poderosa, donde el alma se depura en poco tiempo, como el oro en la hornaza. Porque en este orden de cosas sobrenaturales, como en el orden de la naturaleza, hay operaciones diversas, y pruebas variadas que el alma fiel debe sufrir, para llegar á ese grado de perfección, á que el Obrero divino quiere que llegue su obra, sobre el modelo y la semejanza de su divino Hijo.

Para comprender la necesidad de estas operaciones misteriosas en las almas que Dios llama á la perfección, es preciso recordar que el pecado original arrojó á la naturaleza humana en un profundo grado de abatimiento, de enfermedad y de degradación. La gracia del santo bautismo, al conferir al niño el carácter de cristiano, y, por consiguiente, de hijo de Dios y de miembro de Jesucristo, borra en el hombre esta mancha original. Pero deja subsistir en él un fondo de miseria y corrupción, que será para este niño, llegado á hombre, materia de perfectos combates, y ocasión de ejercer hasta su muerte las virtudes más bellas, sobre todo, la paciencia. Por lo mismo, después de haber recibido la gracia del santo bautismo, conserva el hombre en sí mismo como un resto del pecado original, una razón enferma, una voluntad

débil, inclinada al mal, y depravados sentidos, asiento de la concupiscencia y de pasiones, siempre prontas á rebelarse contra la razón.

Concíbase, por consecuencia, que cuando Dios quiere contraer con un alma una unión más sustancial y más íntima, la haga pasar probablemente por pruebas diversas, por operaciones sucesivas, que tienen por objeto purificarla más y más, y hacerla más apta para la unión divina. De aquí que estas pruebas sean ordinariamente preludios de una comunicación más abundante de sí mismo y de sus gracias, que Dios se propone hacer al alma, elevándola á un grado más alto de contemplación y de unión divina. Porque sólo á condición de haber pasado más ó menos por estas operaciones penosas, puede esperar el alma ser elevada á un estado tan deseable.

Dios es, sin duda, dueño de sus dones, y con un solo acto de su voluntad puede elevar de un golpe á un alma, desde las bajas regiones de la tierra á las más sublimes del tercer cielo. Pero no es así como tiene la costumbre de proceder en las vías ordinarias de su providencia, tan llenas siempre de sabiduría y de armonía. El toma al hombre tal como es, tal como le ha hecho el pecado original, tal como le hacen sus pecados actuales; y trabaja sobre este fondo ingrato, como el labrador sobre una tierra baldía, no omitiendo nada para hacerla fértil, es decir, capaz de recibir la divina semilla y de producir céntuplos frutos de vida eterna.

Semejante al labrador que antes de sembrar su campo empieza por quemar ó arrancar las espigas que le cubren, removiendo profundamente la tierra con el arado, el divino Cultivador de las almas, encontrando bajo su mano divina un campo estéril é ingrato, es decir, un alma cristiana llena de pecados y de defectos, un alma de religioso llena de imperfecciones y de miserias, un alma de Sacerdote tibia y desmayada, empieza por obrar enérgicamente sobre ella, poniendo fuego á los abrojos, es decir, á sus pecados y á sus defectos, á

su desordenado amor de las alabanzas, de los vanos honores, á los gustos y comodidades de una vida sensual, toda natural. Pero esto no es bastante: deseando elevar á esta alma, no se contenta con sustraerla á la corruptora influencia del pecado y va más adelante; trabaja para purificarla, enderezarla, ablandarla é infiltrarla, si puede hablarse así, el jugo vivificante de la gracia; en una palabra, para divinizarla en Jesucristo y por Jesucristo. Hay almas en quienes esta unión con Jesucristo se eleva por estas misteriosas depuraciones á un grado tal de perfección, que sienten que Jesucristo vive en ellas y ellas en Jesucristo, pudiendo decir con toda verdad con San Pablo: «Vivo y no soy yo quien vive, es Jesucristo el que vive en mí». *Vivo ego jam non ego; vivit vero in me Christus.*

Para llegar á un grado cualquiera de esta unión más íntima con Dios, es decir, para recibir una comunicación más especial y más abundante de su vida divina, es necesario que el alma pase ordinariamente por este crisol de la tribulación; por este fuego más ó menos activo de los sufrimientos interiores, que la depuran y la hacen apta para recibir, como conviene, la acción divina y sus divinos efectos. De donde resulta que las *penas interiores* son un beneficio y uno de los medios más enérgicos de la vida espiritual, para hacer llegar al alma á la adquisición de las virtudes sólidas y á un grado elevado de unión con Dios; con tal de que esta alma tenga cuidado de sufrir sus penas con paciencia, humildad y amor, en unión con Jesucristo, sobre todo, con las penas y sufrimientos interiores de su alma santísima.

Apresurémonos á añadir que si une á estas disposiciones un motivo apostólico, esto es, si padece estas tribulaciones interiores por la salvación de las almas, encontrará fácil acceso cerca de Dios y obtendrá por este medio, más que por otro alguno, gracias abundantes de salud y de perfección para el prójimo. Dios se complace de ordinario en conceder á estas almas así proba-

das, gracias de vida interior para otras, sobre las cuales tiene algún designio de perfección. En una palabra, creemos que las personas más propias para ejercer el *Apostolado del sufrimiento* son aquellas á quienes Dios hace marchar por las vías de las *penas interiores*, para hacerlas semejantes á su divino Hijo; con mayor razón si estas penas, por su intensidad y continuidad, se convierten en una especie de agonía, lo que puede tener lugar, y lo que se realiza en efecto, en muchas almas á quienes Dios Padre quiere dar un rasgo especial de semejanza con su Hijo agonizante. De este estado particular vamos á hablar en uno de los capítulos siguientes, á causa de la gran utilidad que puede resultar para la salud y perfección de las almas; pero, á fin de comprenderlo mejor, hablaremos desde luego de las agonías del alma santa de Jesús.

CAPÍTULO XXIX.

AGONÍAS DEL ALMA SANTA DE JESÚS.

Durante los treinta y tres años de su vida mortal, nuestro Señor Jesucristo permaneció siempre en estado de víctima; y su alma santa, principal asiento de este sacrificio, fué siempre un alma doliente, entregada á la desolación y siempre más ó menos agonizante. El gran amor que tenía á su Padre le hacía desear muy ardientemente probarse con los más grandes sacrificios. Y como nadie podía poner límites á este deseo de su Corazón, le dió una satisfacción completa, entregándose todo entero á la *desolación*, saciándose de oprobios, *saturatus opprobriis*, y sumergiéndose todo entero en las aguas sangrientas de este bautismo, con que deseaba tan ardientemente ser bautizado, cuando decía: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usquedum perficiatur!*